

bello amenaza consumirse por la nieve, corre á la perfumería higiénica, y dos ó tres botellas allí adquiridas lo ponen como alma de conspirador. Si un ojo está marchito y el otro no muy fresco, Calpini suple tales accidentes con unos anteojos oscuros que todo lo ponen como el porvenir; pero que por lo tanto ocultan mejor la mácula: las arrugadas manos van ocultas bajo primorosos guantes que él, el cotorron, cuida mucho de ir á comprar en cierta casa donde la vendedora lleva la complacencia de ponérselos en sus propias y blancas manos: las del ros'ro desaparecen bajo una capa de cascarrilla, ó bajo la preciosa toalla de Vénus: los surcos del pescuezo que á guisa de violín desperfectonarian tales figuras, van ocultas por la bien acabada red de una corbata, y por el blanquísimo cuello de la camisa, artísticamente colocado. Si la barba aparece crecida, por supuesto que va con su correspondiente tintura, pero lo comun es que los cachetes se ostenten como posaderas de nene en regular alimentacion.

Si como tambien suele suceder, el abultado abdómen osa deslustrar aquel pretendido esbelto talle, entónces nuestro amigote compra un sólido corsé que reprima la audacia de un vientre insurgentado; y el corsé, con mas eficacia que ciertos generales, sofoca la rebellion de un miembro que intenta trastornar el buen órden del cuerpo social. Por ese estilo se corrigen todos los defectos de la organizacion cotorruna; y tú con tu mugeril perspicacia, quizá no podrias distinguir claramente si era tu papá ó tu hermanito menor, el día que te presentara con todos sus atavios.

Dos objetos se propone el cotorron cuando, mediante los progresos siempre crecientes de la civilizacion disfraza sus años y contra sus arrugas: que le tengan por un jóven osalavera, el uno; y el otro poder pillar una leona de la primera tijera con quien compartir su suerte y de quien recibir tiernas caricias que vivifiquen su helado

corazon. Para lo primero pone en juego una coquetería y una mímica ridiculas, sin escusar paso alguno por impropio que sea de su venerable edad. Para lo segundo cuenta con su larga esperiencia adquirida en muchos años de combates, y el conocimiento que tiene de las partes dismanteladas de la fortaleza que quiere rendir. Unas veces lo hallas en el portal presidiendo un círculo de pollos que se empeña en divertirse á costa de un infeliz frutero, á quien sin compasion escamotean las naranjas y duraznos; otras ocasiones lo ves en las gradas de una plaza de toros alborotando con sus gritos desaforados y animando con sus voces á un tímido picador: ora lo encuentras en el teatro haciendo un ruido infernal con su baston sobre la luneta ó enviando sobre la orquesta á guisa de proyectiles los cojines de las bancas, ora se te aparece en los regocijos de un baile, ordenando una contradanza ó completando las figuras de una cuadrilla. Es mucho su movimiento, grande su animacion, vigoroso su ejercicio, á fin de que por ningun motivo se descubra que bajo el humo de aquel volcan solo existe la nieve.

En una tertulia es el primero en promover un juego de prendas á efecto de poder dar sentencias en^{ta} que él figure recibiendo un abrazo rogado ó escuchando y diciendo secretos contra el pobre que se fue á Berlin. Si á una niña se le cae el pañuelo, él por un exceso de urbanidad es el primero en levantarlo, para poder al descuido apretar la redonda mano de la descuidada niña. Si á otra se le rompió un broche del vestido, él esta listo en ir á subsanar el contratiempo supliendo con un alfiler, porque esta oficiosidad le proporsiona la ocasion de oprimir una blanca espalda. Si á otra se le desprendió el peinado, él está pronto en remediar el fracaso, y con pretexto de colocar la prófuga flor, ó la fugitiva trenza, se permite libertades que hacen poner coloradas á las muchachas. Lleva en la faltriquera dos pañuelos que

tanto le sirven para redondear su consumida cadera, como para ofrecer galantemente uno de ellos á la olvidada jóven que fué á la tertulia sin el suyo. En suma, mi vejete sabe sacar partido de todo cuanto los jóvenes no saben aprovecharse por la timidez propia de los noveles campeones.

Si con tales zalamerías logra embaucar á alguna inesperta y tierna jóven, (porque las jamonas nunca merecen sus sufragios) véras que pasión tan cómica y que pasear á todas horas, la calle donde vió la incauta paloma, y qué sobornar criados y criadas para que conduzcan la apasionada correspondencia. Sus cartas son fogosas, ardientes, respiran amor, revelan juventud, y tocan las fibras mas delicadas del corazón de una mujer. Muchas veces en competencia con un jóven de regular personal, la victoria se decide en favor del viejo, y su desventurado rival corre á ocultar su derrota en el último rincón del mundo. Porque conociendo bastante los caprichos mugeriles, los sigue paso á paso y se aprovecha de cualquier desavenencia que hay entre la dama y el galán, sin hacer escrúpulo de agitar con sus denuncias aquellos turbados ánimos, para encender mas la guerra y ofrecer luego su mediación, que á muy poco sabe convertir en cosa de mas sustancia. Hace ni mas ni ménos lo que una nuestra hermana y vecina: azusa nuestras discordias y enciende nuestras revueltas para darnos luego su protectorado y convertirnos en sus esclavos.

Muchas veces no se contenta con ese maquiavelismo, sino que pone en juego otro mas odioso todavía. Denuncia á los padres los amores de la hija, y con la hipocresía mas diabólica se ofrece á ser el cancerbero que guarde aquella presa; mientras que al pobre novio le ofrece el oro y el moro, y lo pone bajo su insacudible tutela para poder conocer el juego de su antagonista, sin que este se aperciba de sus cartas.

Con tan diestras maniobras, ninguna estrañeza te causará que el domingo que ménos lo esperes, oigas en el altar del Perdón, ó en el sagrario si ha vuelto á desempeñar sus funciones, á un auténtico monacillote leer en la misa de siete ú ocho la siguiente proclama: "Don Filemon Guacamaya, originario de esta ciudad, de . . . tantos años, (los que quiso descubrir) intenta contraer matrimonio con D.^a Azucena Babiaca, de quince años de edad. . . &^a, y dicho y hecho, el hombre se casa, y lleva en dote á su linda mitad, una peluca que encubre su calva, unos dientes que han colonizado su desierta boca, muchos pomos de infalible remedio para teñir las canas y muchas libras de algodón para aumentar su consumido volúmen. Item: mas, una tos asmática, una reuma crónica y algunas otras tachas dignas de no describirse.

¡Y la novia, qué dice de esto? Que cuando la primera noche de bodas llega á descubrir el chasco, que cuando bajo todos los afeites postizos de su exiguo consorte llega á encontrar unos pergaminos de mala ley, y un cuasi cadáver, forma una de dos revoluciones: si los principios del bien se sobreponen á las sugerencias del mal, se decide á hacerse una hermana de la caridad, y desde luego se resigna á cambiar sus pomadas por unturas y sus pomos de esencias por redomas de aceites. Si las semillas del mal abogan las inspiraciones del bien, entonces quiere tomar su revancha y no escusa medio para conseguirlo. Aquel matrimonio en este segundo caso es un bosquejo de la guerra de Troya; en el primero es una imágen del martirio de los antiguos tiempos.

Ne puedo ser mas largo: En otra que te escriba parlaremos un poco de la otra mitad de la especie que he comenzado á describir. Adios mi Bibiana.—*Tu Caralampio.*

México 26 de Febrero de 1859.

Pichona mía: Ya te hable en mi anterior un tanto cuanto de los cotorrones: Déjame ahora, querida, pasar á la cotorróna, de quien, por lo que pueda acontecer, me he declarado enemigo natural; porque aunque no temo andar á salto de mata, estando tú tan frescachona, y robusta, bueno es vivir con cautela, á fin de no entrar en tentación.

Al grano. Es la cotorróna sobre poco mas ó ménos de la misma edad que su hermanito; pero como en ella han hecho mas estragos los inviernos, pasa mayores trabajos para ocultar las injurias que ha recibido, tanto mas cuanto que si puede calarse una peluca, teñirse el cabello y poblar sus encias, trabajo le cuesta borrar el apéndice de la espalda y esconder los estropicios de los

ojos y de tal ó cual berruga inoportuna que la naturaleza y la edad han puesto en su marchito rostro con honores de mohonera para señalar los límites de aquellos campos. Por lo demas, procura imitar perfectamente las maneras de las jóvenes, poniendo, no cinco, sino cincuenta sentidos en prenderse de mil alfileres. Prefiera para sus trajes lo colores mas pintorescos á fin de que aquella primavera perpétua, mas digna de tal nombre que la isla de Calipso, pueda comunicar á su corazon pensamientos color de rosa. Adopta ese andar seductor de las niñas de quince años, parodia sus candorosos descuidos, afecta sus inocentes equivocaciones, y, si posible es, vuelve á los juegos infantiles de sus nietos. Ya se vé: es tan sencilla! es tanta su inocencia! ¡Y á qué fin todo esto? preguntarás admirada. Bagatela! A fin de apechugar el día ménos pensado con un pollo tierno á quien mirará y regalará con esmero, á quien provera de dijes y chucherías, á quien engolosinara con sortijas que vienen á ser el precio en que compra su blanca mano. Hablará al pollo sin cesar de la fogosidad de su corazon, de la sensibilidad de su alma, de sus pesares no comprendidos, de sus afectos tiernos para el que lograra ocupar su pensamiento. Elogiará unas veces el carácter festivo de su víctima, afeará con tiernas reconvencciones su veleidosa inconstancia, y cada día le irá haciendo tragar á palmos el anzuelo con que intenta pescarlo. Allá como por casualidad dejará caer de cuando en vez sus reflexiones morales sobre el santo matrimonio, y pintará la felicidad suprema que experimentaria el hombre á quien ella hiciera dueña de sus apasionadas caricias, y coqueteando ahora, y aparentando gravedad luego, lucirá por fin el día en que un pobre bobalicon cometa el nefando pecado de arrojarle á lo pies de tan engañadora sirena, quien no le alzará á sus brazos sino hasta despues de haberse asegurado con muy buenas hipotecas.

Cayó en el garlito el pobre bagre; pero qué mucho que él se haya dejado coger en la red, si la cazadora no ha escaseado cuanto puede ablandar un corazón aun cuando fuera de piedra berroqueña? El pobre se da á todos los diablos pasados, presentes y futuros, allá en sus adentros; pero sería mas fácil que la cotorróna volvierá á sus quince, que soltar lo que en tan buena, aun que no leal batalla, le ha cabido en suerte. Para remover todos los obstáculos ella misma cuida de los preparativos de la boda: ella ve al sastre que acicale la pobre víctima del sacrificio: ella compra las donas: ella ocurre al provisor por la dispensa de proclamas, porque quiere apresurar el dichoso día, á fin de que su honra no padezca por la intimidad que el público ha visto entre ella y su futuro, la cual intimidad ella misma ha procurado pregonar aun por los periódicos: ella con sus propias manos adorna la casa y estiendo las esquelas de convite; y condimenta cuanto ha de servir para regalo y solaz de su tierno pichencito: ella en fin dora la píldora al desventurado enfermo, á quien sin duda le vendria mejor un cáustico en la lengua por haber dejado escapar las imprudentes palabras que ocasionan su sentencia de muerte.

Un matrimonio mas, un matrimonio heterogéneo, disímulo, anticonstitucional viene á escandalizar á la culta, la elegante sociedad. La luna de miel es un prolongado suplicio para el pobre paciente: los mimos y alabrazos de aquella reverenda dueña, son otros tantos alfilerazos que punzan sus infelices carnes: las caricias hechas por una arrugada y huesosa mano son como otras tantas bofetadas que recibe: los requiebros que está condenado á escuchar le suenan como violín de principiante. Oh Bibiana, Bibiana! Dioclesano quizá habría hecho vacilar la constancia de los mártires si les hubiera propuesto que se casaran con una cotorróna. Válgeme Dios! ¿Dónde pueden ser comparables las parrillas ar-

dientes de aquel tirano, con las tiernas y ardorosas quejas de una vieja, de medio siglo á un mancebo de veinte años? Qué proporcion guardan los garfios y caballetes que destrozaban el cuerpo, con los endiablados celos de una contemporánea de Revillagigedo, que no deja á su pobre adjunto que alce la vista cuando hay visitas de jóvenes bonitas, ni que salude á la prima, ni que baile con la vecina, ni que la recamarera le dé un vaso de agua ni la costurera le apunte un boton? Y pobre de él si por desgracia falta á sus prescripciones, porque entonces hay una sarracina capaz de aturdir á un muerto. Allí son las lágrimas y los juramentos: allí el lamentarse de su desgraciada suerte: allí el desesperarse por haberse dejado engañar y seducir por un hombre que en nada tiene su inesperienza y sus pocos años; cuando el seducido, el engañado, el inesperto y el único que tiene derecho á ahorcarse es el pobre diablo que se dejó atrapar como en una ratonera por la que hace el papel de simplecilla é inocentona.

Un solo medio queda para calmar aquel campo de Agramante, y ese ordinariamente lo emplea el injuriado marido, deseoso una vez de salir de aquel purgatorio donde compurga aun los pecados de su última descendencia.—Entablar el divorcio.—Esa idea que sin duda podia ser acogida por ambos contendientes, como incentivo de la guerra intestina, viene á ser la oliva de paz que acaba todos los resentimientos y restablece la armonía en el matrimonio. Porque, ¿cómo se habia de resignar la cotorróna á vivir sola despues de haber saboreado las dulzuras de una agradable compañía? Ese seria un acontecimiento que daria con ella en el sepulcro, y la cotorróna aunque ha vivido mucho, todavia quiere vivir mas.

Pero no vayas á figurarte que la dueña transije de buenas á primeras; no señor. Ella sabe sacar partido aun de la misma desgracia. Así es que para engaratu-

zar mes al pobre tonto que pezcó, y para afirmar de un modo mas estable su tiránico dominio, tan luego como escucha la palabra fatal de escision, se siente morir, le acomete horrible desmayo, y todo es correr por el vinagre aromático, por el pomito de esencia, y finalmente, por el médico y el confesor. El primero se retira despues de haber propinado agua de violetas endulzadas con azúcar, y el segundo, que es el médico de la alma, justamente de la parte que padece, queda á la cabecera de la enferma, dándole gracias á Dios de encontrar un ejemplo mas de lo que son las pasiones, puesto que un cuasi cadáver se anima con ellas.

El buen sacerdote recibe las confiancias como se las quieren hacer por supuesto, resultando siempre cambiados los papeles, porque el pobre angelito, causa de tanta desventura, empieza á oír los sermones y amonestaciones, que su mamá-esposa desea le caigan encima, no solo por los extravios pasados, sino principalmente por la conducta futura. Allí tiene que hacer una retractacion solemne de sus palabras y pensamientos, aun mas esplicita que si se tratara de la constitucion de 57: allí debe hacer promesas y votos como si estuviera en alta mar ahogándose: allí son las recriminaciones y las quejas por parte de la enferma, y las excusas y los arrepentimientos por parte del inocente muchacho, que azorado por cuanto le dicen, poco falta para pedir perdon de rodillas á quien allá en sus mientes quisiera ver con la estrema-union.

Ahora si por accidente (que los de esta clase se multiplican) el matrimonio en cuestion se hizo entre rica y pobre, pueden tanto las dietas y asusta tanta la dieta, que el inocito cual si fuera diputado ofrece su voto al que entónces hace de poder ejecutivo, para no perder los valores de la tesorería, ni verse escludido de las propinas que llueven el dia de año nuevo y el dia del cumpleaños, y otros así. Amnistía completa sin artículo 4º elástico:

olvido de todo, y la nanita se restablece como por ensalmo, y al dia siguiente sale el boquirubio á lucir del brazo á su amada consorte que en cambio de tanta deferencia y de tan humildes protesta le regala á su amartelado nene una cadenita para el reloj, ó un par de guantes de seda, ni mas ni ménos que como lo hicieron ciertos ciudadanos cuando en cambio de nuestros auríferos terrenos tuvieron la galantería de darnos algunos juguetes.

He aquí pues una especie que te era desconocida y que sin mi venida á la civilizada corte, acaso jamas hubieras sospechado su existencia. ¿No son verdaderamente prodigiosos esos seres que á su avanzada edad vienen á realizar esperanzas que serian el martirio de otro cualquiera? Ya ves: ellos son como la misericordia del Señor que pasa de generacion en generacion: siempre antiguos y siempre nuevos, han alternado con tus abuelos, y en un descuido los verás jugar á la gallina ciega con tus hijos. Son los verdaderos, los únicos Cagliostros y Condes de San German que existen y han existido: son los protocolos y archivos de la especie humana, son la crónica viviente de los siglos.

Adios, Bibiana mia: te deseo como única, como verdadera felicidad, que siempre estés lo mas léjos posible de los cotorrones y cotorronas; y que mejor tengas un tabardillo, una alferecia, una enfermedad cualquiera, hasta un lobanillo sobre el ojo, ántes que habértelas con esa familia.—*Caralampio Molinero del Cerro.*

Méjico 28 de Febrero de 1859.

Mi Bibiana: Segun el plan que me he propuesto para comunicarte mis observaciones parece que ya debía empezar mi tratado de cosas, habiéndote dicho lo bastante sobre personas. Casi creeras que después de haberte descrito mas minuciosamente de lo que lo hizo Buffon unas razas hasta hoy desconocidas de nosotros, ya nada quedaria á mi curso de historia natural; pero te equivocas lastimosamente, y no quiero privarte de otros nuevos conocimientos que quiero infundirte para tu mayor ilustracion, y para honra y gloria de la gran familia cortesana.

Conoces ya al pollo; poco mas ó ménos has comprendido á la leona; no te es extraño el cotorron, ni ménos

te es desconocida la hembra de este pajarraco: Ahora vas á trabar amistad con otros animalitos azas curiosos que tambien son fruto esclusivo de este pais afortunado. Llámanse culebras y culebrones, segun que son mas ó ménos añejos, y mas ó ménos peritos en sus movimientos y buen resultado. ¡Arre allá! Parece que te horripila el tratar con semejante familia que anda á rastras, pero no tengas miedo, muger: esos animales no tienen ponzoña, ni ménos para los que como tú y yo no vivimos en el centro de la capital, ni estamos espuestos á la calamidad de ser ministros.

Dotados estos animalitos por la naturaleza de la inapreciable facultad de cambiar la piel, deben al arte la grande ventaja de cambiar tambien de movimientos, de lenguaje y de cuanto pueden perjudicar al ilustre papel que desempeñan en el teatro de su proezas. Per allá, nosotros conocemos una especie de esta familia, pero tiene sus desemejanzas porque aquella vive en los campos, no habla ni gasta muchos adminículos que son indispensables á la especie de la que ahora vamos á tratar. Figúrate que aquí la encuentras en muchas partes, y no las peores por cierto; pues al contrario, siempre procura escoger el lugar mas bello, mas florido, mas productivo en fin, para el objeto con que han sido criados los individuos de esa raza. Por lo comun, su nacimiento, ó su conversion en culebra empieza á los cuarenta años. Pocos, muy pocos son los que nacen mas tiernecitos, y esto debe atribuirse á mi modo de ver, á que aquí todo es progreso, y aun muchas veces se anticipa la edad á la salida al mundo de todos los que deben figurar en la bienaventurada México.

Desde el momento en que tales ciudadanos ingresan, á la familia culebril, debes estar segura de que lo primero que ves en sus manos es una trompeta bastante sonora, y que, como la de la fama, debe resonar por todo el nuevo mundo en armoniosas alabanzas del que ha llegado al

último escalon. Porque estos animalitos tienen un fin, puesto que segun nos contaba nuestro cura nada existe en la creacion sin un destino determinado. El fin de estos es hacer lo que cuentan nuestros batuecos vecinos de aquel culebron que llaman *alicante*, que es llegar á las mujeres que crían y chuparles el alimento de sus hijos, mientras las adormecen con un ruido agradable. Aquí las susodichas culebras adormecen á las mujeres que si no cria tiene en su mano el alimento de sus hijos y cuando han logrado echar sobre él un delicioso sopor, entónces se adhieren de una manera tenaz á los pechos del dormido y le sacan; no alimento, sino cosa que le valga.

Para esto, desde el momento en que presumen que el favor puede cambiar y que es posible una sustitucion, comienza á sonar la trompeta en loor y elogio del que va á subir; pero con tal destreza, que el que está para caer se adormece mas, y no pocas veces sucede que en pago de esa anfibia logia aun se deje chupar el resto que le queda.

Desde el momento en que hubo crisis, la culebra corre con sus torcidos movimientos, y va sin vacilar á dar una serenata de trompetazos al nuevo actor que esa mañana se levantó en el cielo de la corte. Cuéntale que su elevacion le ha costado no poco trabajo, aunque maldito si una sola vez hizo algo por ella: que en la caída del antecesor se desveló muchas noches, porque convencido de que era ese el deseo de todo el mundo, se adhirió á ese deseo desde que supo quien era el digno sugeto que debía reemplazar al otro. Ya desde ese dia cuenta el magnate un cronista de mas, un narrador fiel de sus mas insignificantes acciones, de sus palabras y hasta de sus pensamientos. Lo que dijo lo comenta la culebra de mil modos, lo adorna, lo ilustra mas que una edicion de Grandville, y cuando nada piensa, nada dice, nada hace,

la culebra tiene un acopio de frases y sentencias que atribuye á su patron en prueba de su relevante mérito.

Pero de todo esto ¿qué saca la culebra? Esto que he dicho es el ruido agradable que el *alicante* regala á la nodriza para conciliarle el sueño. Ya se durmió! Pues entónces el animalito con el mayor silencio, con toda la precaucion imaginable saca del bolsillo un cartapacio que contiene un proyecto para sembrar fideos y cosecharlos fritos y guisados y ya para servirse en la mesa. O bien un espediente de reclamaciones, porque en tal época le quebraron una docena de vasos, que la culebra estimaba en cien mil pesos, á causa de que eran un regalo del emperador Marco Aurelio que hizo á uno de sus antiguos progenitores, un dia que estaba degorja. O bien es una relacion que contiene todos los servicios que desde el tiempo de Luis Velasco ha estado prestando su familia á la corte, sin haber recibido la justa retribucion de ellos y que asciende á una cifra mas larga que la inteligencia y la vista del dormilon despensero. Como el sopor de este, merced á la música es algo mas razonable que el de los siete durmientes, las mas veces responde entre sueños que accede á todo, y la culebra arastrándose ligera comienza á engullir sin pérdida de tiempo y con mas voracidad que un boa; sí con la diferencia que este animal, segun cuentan, dura durmiendo y haciendo la digestion por algunos meses; mientras la culebrita cortesana parece pulga no solo en la ligereza con que va de aquí para allá, sino porque come sin cesar y dijere aun antes de comer. Así es que como nunca está sastifecha vuelve á la carga cuantas veces la fortuna le ayada.

De la casa de la adormecida nodriza pasa á la de los despiertos y no alimentados hijos, y allí su música cambia y sus melodias, de alegres y festivas que ántes eran, se convierten en tristes, plañideras y graves. Pero ¿sabes porqué es ese cambio? Porque aquí ya empieza

á hacer de culebron, á lo ménos en la cualidad de tragarse sin trabajo alguno á las importunas ranas que con sus quejas y lamentos le molestan. Todo aquél que está en la necesidad de reclamar su parte de alimento corre á buscarlo para endozarle su diario, mediante una pequenísima pérdida de noventa y nueve y medio por ciento, lo cual le sirve luego para aumentar el espediente y sacar en otra parte todo el provecho que la suerte y su trompeta le dejaren. En su enorme cartera está encerrada la viuda, el huérfano, el mutilado, el cesante, y de aquella reclusion saldrán mañana convertidos en águilas nuevecitas, que aunque figuran llevar en el pico la culebra, es para añadir á la espoliación la burla, porque realmente la culebra es la que come.

¡Cuidado hija mía con hacer enojar á la culebra el día que por tus muchas culpas tengas que entenderte con ella! oh! entonces verías lo que era bueno, pues en sus momentos de ira es cosa temible, y tiene razon. Por que cómo ha de ser agradable justo y conveniente que despues de haberte generosamente franqueado, sin mas intereses que el módico ántes dicho, sus recursos, el fruto de su trabajo, el sudor de su rostro, tú le correspondas con una ingratitud? No señor: tanto cuanto la culebra tiene de mansa y pacífica cuanto se le trata consecuentemente con sus deseos, así es de feroz y endemoniada cuando ve que se le quiere escatimar un centavo de sus provechos. El día que tal suceda verás que de nada sirven lágrimas y súplicas, sino que indefectiblemente hará que escupas mas que uno que tenga las unciones; y no será por cierto saliva sino alhajas, casas, muebles, cuanto tengas de valor. Y así como las culebras de nuestra tierra se ponen derechas como una vara cuando se enfurecen, así las culebras cortesanas se levantan muy alto cuando no las complacen; quizá para descansar de lo mucho que se arrastran en las casas de las nodrizas.

Llega un día en que en esta bendita tierra ciertos animalitos que en otra carta te describiré, se levantan cansados de sufrir un inquilino que no les deja amplia y cumplida libertad para cuanto se les puso en mientes. Redúense en una parte cualquiera, escriben allí un pliego de papel lleno de mas consideraciones que los ejercicios cuaresmales, en virtud de las cuales consideraciones pasan á las declaraciones, que son mas que las de Ripalda, y como consecuencia de esto se escriben muchos artículos que no son los de la fé; y por fin y postre se busca otra arrendatario que dé mas esperanzas de acceder á todo lo que de él se pretende. Segun debia suponerse, las culebras viendo que la casa cambiaba de dueño, y que entre los motivos porque se la hacen dejar, se cuenta el de que no persiguió ni estirminó á esas sabandijas que estaban arruinando la casa, de creer era, digo, que estas huyeran y se escondieran en lo mas profundo de la tierra para no ser aplastadas en el derrumbe de la casa ó en el redificio. Pero ¡bonitas son ellas para tomarse ese trabajo! Si no es que han contribuido á minar el edificio para que pronto caiga, lo cual no es tan raro que digamos; entonces lo que hacen es colocarse entre piedra y piedra, y en fuerza del roce dejan allí la piel que ántes era de un rojo subido brillantísimo, y hoy es de un amarillo caña primoroso.

¡Quién diablos quieres que conozca al animal con ese nuevo ropaje? Y mas si ántes entonaba con la trompeta el *ca irá* y hoy es un *kirie* muy mono el que se escucha? Porque ya te lo he dicho, entre sus facultades naturales posee la de cambiar de piel, de voz y de costumbres; así es que descuidado enteramente de los cambios que pueda sufrir la heredad donde vegeta, maldito si su sueño es interrumpido una sola vez por el pensamiento de lo que acontezca mañana. Ella sabe que está en una tierra de Canaam, donde mama la leche y la miel, y no

es tan tonta que por escrupulillos se deje morir sin penetrar en esa tierra prometida.

Ahora, siguiendo el ejemplo de su primera progenitora del Paraíso, pues está averiguado que de aquella desciende, no deja luego de tentar á su bisoño Adán para ehar el guante á los frutos prohibidos, de los que siempre espera, y con razon sacar una buena parte. "Serás como Dios," le dijo la primer culebra al primer Adán; y la de la actual generación le dice al presente dueño del Paraíso: "Serás como Creso." De aquí resulta que el inocentón se lanza á querer manducar de lo que no debe, y á muy poco de haber hecho el ensayo, cátao fuera del Paraíso consabido. Dirás que así se le acabó la *papa*; pero errarás si tal piensas. Porque entónces dice que no era ese su proyecto, que fué mal comprendido, mal desarrollado y peor ejecutado, y espera que otro mas esperado, mas inteligente, mas conocedor, fiado en su experiencia y guiado por sus luces, llegue á poseer riquezas fabulosas con las cuales se indemnizará toda la turba de hijos estenuados de la larga abstinencia que en esa interminable cuaresma han padecido.

Aquí tienes, hija mia, otro conocimiento mas que por cierto no esperabas, creyendo buenamente que me iba á reducir en mis epístolas á solo ciertos y determinados ramos. Mas debo advertirte que aunque parece que nada tiene que hacer la noticia de estos animales con mis proyectos de civilizarte, hay sin embargo poderosos motivos para que yo emprenda este trabajo, y uno de ellos es, que como diestro piloto que soy, ántes de hacerte surcar el mar quiero que conozcas los arrecifes. Las culebras, si no huyes su contacto, llegarían á devorarte; como han devorado ya á una multitud de incautos que á pesar de vivir aquí luengos años, no tuvieron la precaucion de salvarse de sus fauces. Así es que no quisiera que algun día por falta de advertencia, hicieras lo que el co-

nejo cuando la boa quiere engullírselo. Encomiéndate muy deveras á S. Jorge para que te libre de esta calamidad y de ir á pasar cualquier día á un hospital. Adios, querida.—*Caralampio.*

Méjico 3 de Marzo de 1859.

Muger querida: Si vieras como me brinca el corzon de alegría, creo que tú tambien te pondrias á bailar de verme tan contento. No hay duda, este es el país de las maravillas, esta es la corte de los milagros, aquí todo sorprende, todo arrebatata, todo estasía. Engolosinado me tienes con mis descubrimientos, y al paso que voy, tengo mis barruntos de que tenemos obra cortada para muchos dias. ¿Qué te parece, mi Bibiana, que me ha llenado hoy de estupefaccion? Vas á maravillarte y á bendecir á Dios setenta veces al dia, y acaso sea poco. Vengo de oír charlar de un modo prodigioso, infatigable, unos preciosísimos papagayos de nueva especie, importados, como todo lo bueno, nada ménos que del otro lado del charco; porque desde que se vió que allá todos debian ser papagayos aquí no han querido ser ménos.

Lo mas sorprendente es que á su especie particular de papagayos, reúnen algunos atributos muy marcados de otros animalitos v. g., el instinto de imitacion de los monos, la ligereza de cascos del chorlito, la costumbre de vestirse de ajenas plumas como el grajo; el odio contra el que tiene un palo en la mano, como el gozque, y la facilidad de cambiar de colores como el papavientos. Pero no: lo que mas resalta en ellos es la charla, tan interminable que no hay poder humano que los contenga.

Los papagayos de mejor calidad, esto es, los que hablan con mas facilidad cuanto oyen, son los mas estimados y los que mas llaman la atencion de nosotros los bobos, que nos admiramos de que unos animalitos como esos esten dotados, lo mismo que, el hombre de la facultad de hablar y de hacerlo tan bien, cuando nosotros, pobres batuecos, llegamos á tener las barbas como madejas de pita y la cabeza como rodilla, sin podernos espresar tanta claridad y soltura.

¡Oh! pero aquí es diferente. El animalito casi desde que está comiendo por mano ajena ya sabe que debe pertenecer á cierta comunión y se introduce en ella hasta el pico. No sabrá cantar el *Santo Dios* cosa, que por principio de cuentas enseñamos á nuestras pericos por allá; pero en cambio entonarán con todos sus pulmones la marselesa si el color rojo es el de su actual vestido, ó gritará á lo desesperado "*muera la federacha*" si está plantado de azul ó amarillo:

Porque hágote saber, que su tema único y esclusivo es la política; no como por allá la entendemos, esto es dándole el lugar preferente á los ancianos, cediendo el mejor puesto á nuestros superiores ó cosa por el estilo: eso solo entre nosotros se llama política. Aquí lleva ese nombre cierto *teje maneje* que sirve para arreglar el mundo y hacer felices á todos los hijos de Adán. Ya verás si la empresilla es ardua y las intenciones buenas; pero

¡bah! aquí los polluelitos se engolfan en las cuestiones esas, mejor que tú y que yo en la discusión de si debemos echar la clueca á sacar pollos.

Por lo comun estos animalitos tienen sus tertulias, juntas ó como quieras llamarles en los cafes de la corte, donde entre taza de café y copa de aguardiente deciden de la suerte de las naciones con una facilidad maravillosa. Allí se discute porqué Napoleon favoreció la libertad de los turcos contra las pretensiones de los rusos, y porque hoy ampara á los trastornadores de Italia cuando en otra ocasion los llamó al órden. Allí se habla de la posibilidad de reunir la Inglaterra á la Francia ó la Austria á la Turquía, y allí en fin, pasan revista, como unos reclutas, todos los soberanos de la Europa, teniéndose por muy bien librados si solo se les llama imbéciles y visionarios.

Pero en donde mas lucen su verbosidad es en los negocios de casa. Y debe ser así, porque si con tanto magisterio y aplomo tratan los negocios de que apenas tienen noticia, que será de aquellos que traen por decirlo así entre las manos? Por eso en los negocios domésticos se desviven por dar á los tontos los medios de ser tan felices que ni en el cielo podrian raparse mejor vida.

Aunque se ha dicho que usan promiscuamente de todos los colores como los *anolis*, lo mas ordinario es que gasten el rojo, por cuanto es mas brillante y el que mas les facilita el modo de lucir. Consecuentes con su color, cuando lo usan, oyéraslos entónces hablar de cierto trevejo que llaman soberanía tan absoluta, tan grande, tan inmensa, que ante ella nada puede existir sin su omnipotente voluntad. Declaman de una manera enérgica contra todo lo que se opone á esa soberanía, á los derechos que produce, á la igualdad que concede, á las ventajas que otorga; pero aun no pasa un momento de aquel sermón, y si por casualidad llega uno de los soberanos y le dá por descuido un empujon, entónces el soberano

va rodando por allá con todo y su igualdad, y sus garantías, y cuando tiene como ciudadano.

Si no es tiempo de usar el color escarlata, y es una media tinta la que luce, como v. g. el color violeta, entónces no quiere ni que haya soberano ni que haya esclavos; un justo medio es el que busca. Pero así como nosotros no podemos encontrar brevas en diciembre, así ellos andan tras del término moderador sin poder pillarlo ni aquí ni allá.

Si el temperamento que ha adoptado es el de las restricciones, entónces va á dar hasta . . . : donde Dios quiere. Porque no se detiene en ninguna parte, y á guisa del judío errante, cuando camina en el sistema que trae entre manos anda sin descansar ni dormir.

Pero no, vuelvo á decirte: le gusta mas el color rojo que cualquier otro, y la mayor parte de los papagayos polluelos pertenecen á la escuela de los que no quieren frailes, ni monjas, ni iglesias, ni santos. Ignoran hasta si hay todo eso que quieren aniquilar; pero como han oído decir que todo eso debe desaparecer, ellos gritan que es fuerza que sea así, porque ya sabes que los tales animalitos repiten lo que oyen, aunque jamas puedan llegar á comprenderlo.

Acontece no pocas veces que el papagayo olvide la leccion, y entónces hacen una ensalada que contiene mas yerbajos que la de la noche buena, porque como todo es aprendido de memoria suele sucederles lo que á su hábil antepasado que gritaba con toda su fuerza "Santo Dios ¿eres casado?" Por eso no es extraño que alguna vez pongan por modelo de principios repúblicanos al Czar de la Rusia, ó que hablen de monarquía constitucional como la de los Estados-Unidos, ó que crean que el rey Felipe II ha impuesto en Constantinopla una contribucion á las capellanias, y cosas de ese jaez! Así los oyes al hablar de un congreso europeo preguntar con mucho interés cuándo serán las elecciones

primarias, porque ellos saben que para que haya esa quisicosa es necesario que el *soberano* intervenga en el nombramiento de los que van llenos de cachos de soberania.

Me preguntará porqué esta raza de pajaros existe en la corte mejor que en parte alguna, y desearás saber si es tan abundante como la de los tordos en nuestras sementeras. A todo te voy á responder. Pulula mas en la corte que en otras partes, por que uno de los ramos mas interesantes de la civilizacion consiste en educar á los polluelos para los grandes empleos, para los altos destinos. Así es que se procura ante todo que la criatura reciba educacion en el colegio, donde ademas de leer el Nebrija ó el Bouvier, hay lugar de empezar á iniciarse en los secretos y artimañas de la política; ya dejando que lea libros que de ella tratan, ó ya hablándole muchas veces de tales asuntos, impropios de esa edad, y ponderando las ventajas de que todos se entromentan en los negocios públicos mediante la participacion que un día tendrán en los cuidados y alegrías de la patria.

Y como allá muy léjos se divisan unas apetitosas sillas, blandas y mullidas mas que el innoble banco de una carpintería; como se entrevé la posibilidad de llegar mas tarde á ser prefecto, diputado, ministro ó cosa por el estilo, zas, se encaja sin vacilar á la política y cádate ahí un enjambre de parlanchines que esperan el día en que se les declara hombres de pro y discípulos de Richelieu. Fuera de la capital serian vistos como locos: en ella son el mas cumplido adorno de la culta sociedad.

Ahora te diré que ademas de ser abundantísimos son mas perjudiciales que los tordos en un campo sembrado; porque cuando todo turbio corra, es decir, cuando mas daño hagan, estos se comerán parte de la cosecha y no quedará el dueño sin granos y sin campo; pero los malditos papagayos convencidos y aferrados en que deben

vivir á costa de la patria, sin volver á acordarse en los dias de su vida de que el hombre ha nacido para el trabajo, todo su afán, todas sus miras consisten en hacerse notables por su algarabia y sus declamaciones á fin de que cuando el santuario de las leyes, ó las secretarias de estado ó cualquiera prebenda de esas necesite de un mueble mas se les ocupe á ellos como de justicia. Escriben furibundos papelotes, gritan como unos desesperados, hablan mas que un barbero y si por un lado no consiguen sus miras, nada les importa ir en busca de aventuras, nuevos Quijotes, y vivir segun se habian propuesto, sin tomar una azada ó una garlopa.

No era mi intencion hablarte de estos entes; pero como casi me tropiezo con ellos, como si voy á la sociedad en busca de una taza de té, allí los hallo, si voy á un estanquillo allí los encuentro, si voy á tomar fresco á los árboles, allí se anidan, si me quiero divertir en el teatro, allí no faltan; he creído que debia anunciártelo para que te libraras de esa plaga. Hay sobre todo unos lugares tan frecuentados por los papagayos, que mas fácil seria encontrar á un diputado sin proyectos, que esos sitios sin políticos. Apenas empiezan los primeros rayos del sol, y ya están reunidos contándose las noticias soñadas ó ciertas de la noche, y combizando nuevos planes para enderezar entuertos, ó lo que es lo mismo, la política del país; y todavía son las diez de la noche, y esos animalitos, criados por la naturaleza para charlar eternamente, siguen inventando algo para cumplir su objeto. Ordinariamente preside estos concilios el mas autorizado de entre ellos, quiero decir, el mas audaz, y este es el que se encarga de dar el orden á la discusion, de propalar los absurdos, que por mas garrafales son mas propios para llamar la atencion, y de hacerlos circular luego entre los de la hoja, denunciándoles los peligros que nos rodean, y la manera de evitarlos, para lo cual escri-

be luego y hace imprimir unas cartas que aunque destinadas á una docena de amigos, se procura que llegue á las manos de todos, y poder formar en la opinion.

Si por accidente algun batueco ó cosa parecida, quiere que le espliquen mas pormenor el contenido de la carta, se le despide bonitamente diciéndole, y como no está iniciado aún, no puede comprender altísimos misterios.

De muy buena gana quisieras saber de qué viven esos pájaros, puesto que su oficio es charlar y esto no satisface. Yo te lo diria de muy buena gana, si no fuera por que no lo sé. Adios, mi cara batueca. Quizá para la otra tendré algo mas ameno que decirte.—*Caralampio.*

Méjico 6 de Marzo de 1859.

Bibianilla: Aun no vuelvo en mí del asombro que he tenido estos tres dias, yo creí que lo mas curioso que habia que ver en Méjico eran los políticos con su interminable chachara, y que despues de haber escuchado á esos rábulas de primer órden, podria descansar de mis correrias y dormir sobre mis descubrimientos. Pero muy lejos está el término de mis tareas, y es fuerza que prosigamos yo contandote mis grandes adquisiciones y tú comunicando á nuestros compadres y vecinos todo lo que se dejan de pescar por no sacudir la pereza y venir á disfrutar las dulzuras de la corte.

Ayer sábado anduve en varias agencias para complacer á unos mis amigos que han tenido la humorada de

hacerme vestir de máscara esta tarde, y llevarme luego al teatro donde hay un baile de carnaval. No te parece, prendamia, que yo, todo un Calampio, metido en esos *intringulis* debo tener una catadura mas que bonaza? Al cabo de mis muchos años vestido de arlequin, haciendo zapateta y enfrascándome ni mas ni ménos como un barbilucio, sufriendo vayas y pullas de todo el que se quiere divertirse á mis espensas! Increíble es esto, pero es cierto; y no se todavía si en ese malhadado baile iré á purgar las muchas culpas que he cometido.

Pero miétras voy, quiero contarte unas cuantas cosas que durante mis escursiones pude pillar; porque ántes que pensar en mí ya sabes que pienso en mi robusta lugareña. Conque miétras es hora de ir con otra cara diversa de la que Dios me dió, allá va eso.

Crearás que en dias tan alborotados como estos, era natural que todo el mundo solo pensara en surtirse de los disfraces con que pensaba ir á esa fiesta de locos que llaman carnaval; y así debia de ser. Sin embargo, á poco de haber salido á la calle, tropezé, no una ni dos veces, sino lo ménos treinta, con ciertas notabilidades que no pudieron ménos que llamar mi atencion. Eran unos señores secos como espárragos, sérios como pinturas antiguas, tiesos como enaguas de elegantona y pálidos como declarados tísicos. Su paso grave, su mirar severo, su indiferencia por todo lo que les rodeaba, me obligaron á inquirir quiénes podian ser que así veian pasar el bullicio, como las rocas de un río ven pasar las espumosas ondas sin conmoverse. Supe entónces que eran sabios que habian consumido sus dias y sus noches en registrar los arcanos de las ciencias, y llenarse la cabeza de tanta cosa buena que ya no encontraban nada que pudiera cautivar sus miradas.

Si estaban flacos era porque embebidos en el estudio nunca se acordaban de las funciones animales y se pasaban dias enteros sin conocer las delicias de un almuer-

zo: si estaban sérios, era porque su pensamiento, ocupado constantemente en contemplar los misterios ocultos á nosotros los tontos é ignorantes, jamas podian pararse á sonreír á cosas tan miserables, como las que salian de su círculo: si iban tiesos, era porque su dignidad, su superioridad sobre los demas hombres, les hacian guardar un continente que infundiera respeto; y si por fin iban amarillentos y pálidos, debia atribuirse á sus pervijillos y elucubraciones.

Quitéme respetuosamente el sombrero ante aquellos depositarios de la sabiduría, y con mi sencilla humildad casi iba á proclamar de rodillas mi veneracion, cuando uno de ellos, que iba contemplando quizá el curso de los astros, se subió por sobre mí y me hizo rodar un buen trecho. No obstante mi malaventura y lo molido que su éxtasis me dejó, tuve valor de pedirle mil perdones, y suplicarle continuara en sus profundos estudios de que solo mi ciega adoracion le habia sacado. Miróme begninamente y me dijo, que el motivo de no haberme visto ántes y evitado aquel contratiempo, era porque se ocupaba en resolver un problema de mucho interés, y era saber cuanto seria mas grande si la luna de la corte que la de su tierra, supuesto que aquella tenia que alumbrar mas que esta. Dejélo hacer sus cálculos y seguí adelante admirando en silencio aquel colosal talento.

De allí á poco me encontré á otro sabio de primer órden, empeñado en demostrar á un pobre diablo, que los cánones no permitian la posesion de dos ó mas beneficios simultáneamente, fundados en una razon naturalísima, que la Iglesia habia observado con detenimiento. Esa razon consistia, en que no se podia mamar de dos tetas (esas fueron sus palabras). Y con ello quedamos todos tan convencidos, como lo puede quedar cualquiera que recibe encima el peso de una montaña.

Mas allá me encontré de manos á boca, ni mas ni mé-

nos que con un jurisconsulto que cansado de ser simple abogado habia tenido la feliz idea de subir un algo mas y llegar hasta doctor. Si vieras con cuánta dignidad ensayaba el paso y el continente para cuando la ocasion se presentara! Llegó á tanto su alucinacion que creyéndose ya en pleno claustro dijo á su señora que lo acompañaba: "*Illustrissima domina: Auditori amplissimi;*" mas volviendo sobre sus pasos y apoderándose otra vez de su juicio, esclamó abriendo los brazos á su cara mitad: ¡feliz dia! ya soy doctor. Luego supe que habia mandado hacer la borla y el capelo y que con esos adornos, dormia, comia y vivia dentro de su casa.

Antes habia yo oido decir que un sabio era una cosa rara; pero desde que los he encontrado brotando de la tierra como los hongos en tiempo de aguas, creo que aquello era una sátira de los envidiosos y maldicientes que no pudiendo llegar á tanta altura querian hacernos creer que el *Stultorum immensus est numerus* le convenia á Méjico pintiparado. Nada de eso, hija mia; aquí hay sabios de todos calibres y condiciones. Necesitas quien te explique el porqué los borregos no tienen mas que media dentadura como viejos calaveras? Pues en el momento que la dudilla te ocurra se te presentan veinte facultativos en la defension borreguna y te escriben diez tomos cada uno despues de haber disertado medio año de dia y de noche sobre el asunto. ¡Quiéres saber porqué los gallos no tienen ni media ni nada en materia de instrumentos de masticacion? Pues promueve el escrúpulo, y en un abrir y cerrar de ojos viene todo un claustro á tomar cartas en la importante discusion del asunto.

Es mucho esto de los sabios: donde quiera están, donde quiera te das un frentazo con ellos, donde quiera los encuentras analizando todo cuanto les viene á las manos y dando á todo explicaciones tan precisas y tan netas, que ni queriendo cerrar los ojos á la evidencia se escapa uno de recibir un torrente de luz. Ahora no va

yas á pensar que se ciñen á una sola ciencia; las conocen todas á las mil maravillas y hablan de ellas como tú y yo hablamos del vecino. Hasta los hay que comprenden la lengua de los animales y entablan con ellos sabrosísimos coloquios.

Para ser sabio en esta preciosa tierra de Canaan se necesita bien poco; y los que tienen el derecho de raga-lar el diploma de tal dignidad, arbiuisabios por supuesto, tienen una mirada tan segura que con unos cuantos minutos de observacion, tienen lo bastante para saber quiénes lo son, y quiénes han de quedar en la línea de paisanos míos, esto es, de batuecos. Por eso no es difícil que la familia sabidora sea tan fecunda como lo es la familia de los conejos, y que en todas partes y en todas ocasiones topes una docena de ellos.

Seguí mis escursiones, objeto de mis paseos; pero te confieso que ya tenia remordimientos de andar ocupando el tiempo en cosas tan fútiles despues de haber visto que habia hombres tan sesudos que con solo su ejemplo estaban condenando mi locura. Deseaba yo que en todos los depósitos de disfraces donde entraba no hubiera uno solo para mí, para librarme de ese modo de ir á la fiesta; pero no hubo remedio: estaba en la corte y nada faltó para mi atavío, por lo que fué preciso resignarme á marchar esta noche al teatro.

Habia pagado ya el alquiler de mi vestido que sea dicho de paso, valia tanto como dí, y ya me salia yo cuando noté en la penumbra de la pieza al mismísimo sabio que saludaba en latin á su cara consorte. Oh! dije para mi colete: este preclaro varon ha entrado aquí para confundir con su preseneia á tanto loco que corre en pos de las diversiones, y desperdicia un tiempo tan precioso que no podia consagrar á la sabiduria. Ya me escurria yo avergonzado, cuando le oí pedir un traje para su individuo. ¡Cómo! los sabios se divierten y van á un